

la carta que le presentaba Doña Ursula: lo acepto, y con mucha gratitud, porque á la verdad, jamás he estado en Madrid: ahora, Doña Ursula, le pido á Vd. otro favor: mientras que yo me despido de mi prima, envíe Vd. á Gregorio para que me tome el billete: la diligencia va á pasar.

Diciendo ésto, sacó Isabel el envoltorio que contenia su dinero, y lo fué á presentar á Doña Ursula: pero al pensar en que no bastaba aquella suma, una palidez mortal cubrió todas sus facciones.

Sin embargo, su valor superó á su confusion: pareció tomar una resolucion definitiva, y dijo al ama de llaves:

—Que ponga Gregorio lo que falte: de aquí á Madrid ha de tomar el billete: yo le satisfaré el exceso del precio antes de marchar: encárguele Vd. que lo tome de la rotonda.

—¡Cómo! ¿De lo más malo?

—Sí, Doña Ursula: soy pobre, y como tal debo viajar.

VII

Isabel se fué al cuarto de su prima.

Era una linda sala, cuya ventana daba al campo; la puerta estaba cerrada por dentro. Isabel llamó, y no le respondió nadie.

Temblando, porque iba á pasar la diligencia, volvió á llamar y tampoco obtuvo contestacion.

Temiendo que Aurora se hubiera puesto mala, aplicó la vista al agujero de la cerradura, y vió á su prima asomada á la ventana, y muy inclinada hacia afuera.

Un instante despues, oyó su voz aunque confusamente; al parecer, hablaba con alguna persona que se hallaba en el campo.

Isabel creyó oír confusamente estas palabras.

—Está preparado; German y yo lo estamos tambien.

Isabel vió á su prima separarse de la ven-

tana, dichas estas palabras, y volvió á llamar con más fuerza.

Aurora se dirigió á la puerta y abrió.

—Prima mía, dijo Isabel, sintiendo que las lágrimas volvían á sus ojos con más ímpetu, vengo á despedirme de tí...

—¡Cómo! ¿pues á dónde vas? dijo Aurora.

—A Madrid; tu madre me despide.

—¡Te despide!

—¡Sí!

—¿Y por qué causa?

—No sé... dice que quiere quedarse sola con vosotros.

Aurora soltó una carcajada; luego, sin dejar de reir, dijo á su prima:

—Luego sabrás por qué me río: pero, dime, ¿es de veras que te vas?

—Sí; solo espero que pase la diligencia.

—De esta suerte, iremos juntas.

—¡Juntas! ¿qué dices, te vas tú también?

—¡Sí por cierto, y German!...

—¿También German?... ¿abandonais á vuestra madre?...

—Sí, la abandonamos; la abandonamos muy contentos; nos marchamos, y Agustín con nosotros.

—¿Y á dónde vais?

—A Madrid.

—¿Y tu madre no sabe nada?

—¡Ni una palabra! ha sido pensado y hecho.

—¿Y el padre de Agustín?

—Tampoco sabe nada; cómo van á rabiarse, ¿eh, qué te parece?

—¡Pero eso es inicuo, cruel; á su edad dejarles así!

—¿Qué quieres, hija? cada uno ve las cosas á su modo; ¿tú serás aun capaz de acusarme por que dejo á mi madre, verdad? ¡y eso que acaba de despedirte!

—Y eso, ¿qué tiene que ver? ¡yo no soy su hija!

—Mi madre es una hiena para tí y para todos; se ha cansado de tí, y te echa; German y yo nos hemos cansado de sufrirla, y nos vamos; estamos iguales: pasa la diligencia; ya está avisada la casa de postas; nos metemos en ella, y nos vamos los cuatro; yo voy de conversacion con Agustín; tú te avienes con German, y hacemos el viaje divertidos en toda regla; qué, ¿no te acomoda?

—¡No! respondió Isabel; ¡no me iré con vosotros! ¡no quiero que tu madre crea que, llevada de enojo ó deseando vuestro amparo, os

he inducido á abandonarla; aquí me estaré hasta que halle otro medio de marcharme!

Aurora miró estupefacta á su prima.

—Te creía tonta, le dijo, pero no tanto; anda, deja escrúpulos de monja, y vente con nosotros; ¿qué miramientos ha tenido contigo mi madre?

—Eso no es cuenta para que yo no los tenga con ella.

—¡Verás que vida nos damos!

—Yo no deseo otra que la del trabajo.

—Pues ya verás que bien te va con ese modo de pensar; pero no quiero discutir más contigo; obra como quieras; ¿necesitas dinero?

—No, dijo Isabel despues de un momento de vacilacion.

—¡Mira que tengo! le he cogido á mi madre quinientos pesos, y German mil.

Isabel volvió los ojos con un gesto de repugnancia.

—Prefiero, dijo para sí, deber algun dinero á Gregorio, que no llevarme de ese que han robado á mi tía.

En aquel instante se oyó el rumor de un carruaje pesado, que venia á larga distancia.

Era la diligencia, que llegaba de la casa de

postas de la aldea vecina, y que solo distaba un cuarto de legua.

Pasó por delante de la quinta, y se detuvo breves instantes en una revuelta del camino.

—Adios, dijo Aurora á Isabel estrechándole la mano: búscame en Madrid, en la fonda donde se detienen las diligencias de esta carrera, ya que eres tan tonta que no quieres venir.

Isabel, sola ya, se acercó á la ventana, y vió subir á una mujer al carruaje: por la portezuela asomó una mano para ayudarla, que reconoció ser la de German: en el traje y en el aire erguido y lleno de pretensiones, reconoció á Joaquina la camarera despedida.

—¡He aquí la noble proteccion que mis parientes me ofrecian! murmuró amargamente Isabel: ¡ocupar el sitio de esa pobre camarera! Si yo hubiera querido seguirles, ella se hubiera visto forzada á quedarse aquí; ¡vayan con Dios, y él les ayude, que lo necesitan más que yo!

Mientras la jóven reflexionaba así, otra mano salió del carruaje; Aurora se apoyó en ella, y subió con ligereza, sin derramar una sola lágrima, sin enviar una tierna mirada de despedida á la casa materna, que dejaba acaso para siempre.

La pesada diligencia partió con estruendo, é Isabel salió del cuarto que habia ocupado su prima, y que ahora quedaba vacío y solitario, como la jaula de que ha volado el pajarillo.

Halló en la puerta á Gregorio, que llegaba en su busca.

—Señorita, dijo: no hay billete para esa diligencia, que se hallaba toda tomada, desde anoche, por un señor.

—¡Por Agustín! se dijo Isabel: ¡oh! ¡qué infame cosa es la huida de dos hijos de la casa de su madre!

Gregorio le devolvió sus nueve duros, que Isabel tomó maquinalmente.

—Dentro de una hora, prosiguió Gregorio, pasa otra diligencia, y en esa sí que se puede Vd. marchar, señorita: pero por no saber si querria hacerlo, no le he tomado ya el billete; ¿quiere Vd. que vuelva?

—No, dijo Isabel pensativa: gracias: en otro caso, ya se lo diré á Vd.

—¡Abandonar á mi tía en su soledad, en su dolor! se dijo la jóven: ¡Oh, eso es imposible para mí: y, á no ser que me lo vuelva á mandar de un modo terminante, no me voy!

En aquel momento sonó la campanilla de la

viuda, é Isabel corrió á su habitacion, deseando consolarla en los primeros instantes de su afliccion.

Cuando entró en el cuarto de su tía, se hallaba esta arreglando, delante de un espejo, los lazos azules de una vistosa papalina que cubria sus cabellos llenos de pomada: alzó los ojos, y al ver á su sobrina, le dijo duramente:

—¿Aún estás aquí? llamo á mi hija.

—Tía, repuso Isabel con voz trémula: mi prima no está, y yo no me he marchado ya por si acaso me creía útil...

—¿Qué no está Aurora?

—No está, tía mia.

—¿Pues á dónde ha ido?

—Yo no sé.

—¡Que la busquen al instante! tendrá alguna cita con el bribon de Agustín.

—No señora.

—¿Tú qué sabes?

—Aurora se ha ido con German y con Agustín: además, Joaquina los acompaña.

—Pero ¿á dónde, á dónde?

—No lo sé tía, han subido á la diligencia que va á Zaragoza.

—¡Cómo! ¿qué dices, miserable criatura? ex-

clamó la viuda que se ahogaba: ¿qué estás diciendo? ¿te has vuelto loca?

—¡No, señora... tía! yo siento dar á Vd. este disgusto: pero ¿cómo habia de dejar que le dijese todo esto un extraño?

—¿Y se han ido? habla pronto: ¿se han ido de veras?

—Desgraciadamente, sí, señora: me han dicho que á Madrid.

—¡Infamia, picardía, bribonada como ella! ¿con que ellos se van y tú te quedas? ¡Si eso es alguna *urdidumbre tuya!*

—¡Dios mío! ¿qué escucho?

—Tú has inducido á mis hijos á dar este paso para quedarte sola conmigo, y sacar partido de su falta! ¡para envenenarme quizá y heredar todo lo que hay en mi casa!

—Tía, dijo Isabel con tristeza, veo que el dolor le ha trastornado á Vd. el juicio, y no lo extraño: si estoy aun aquí, es por consolar á Vd. y acompañarla en el abandono de sus hijos: si no he encargado aún mi billete para la diligencia que ya debe pasar dentro de media hora, es porque pensé que me querria Vd. detener á su lado: ahora que veo que me juzga con tanta injusticia, me voy, sintiendo en el alma dejar

á Vd. sola, pero comprendiendo tambien que no lo puedo evitar: quede Vd. con Dios, y él la consuele, que es el supremo consolador, en el que tambien espero.

Isabel, dicho esto, salió y envió al instante á Gregorio á la sala baja en busca de su pequeño lío, volviéndole á darle su dinero y rogándole pusiera, si algo faltaba, para el precio del billete, préstamo que ella satisfaria así que le fuera posible hacerlo.

Gregorio corrió á cumplir su encargo: é Isabel, no queriendo permanecer un instante más en una casa de la que la arrojaban despues de juzgarla capaz de los crímenes de asesinato y robo, se sentó en uno de los bancos de piedra que habia á cada lado de la puerta.

Poco tardó en volver Gregorio: dió el billete á Isabel, y le dijo:

—Vamos, señorita, que llega detrás de mí: hoy viene con algunos minutos de adelanto.

—¿Qué debo á Vd., Gregorio? preguntó Isabel al ayuda de cámara de su primo, en tanto que la cocinera, el ama de llaves y el jardinero salian á la puerta para despedirla, sin cuidarse para nada de los gritos de furor que lanzaba la viuda.

—Yo soy, respondió Gregorio, el que debo á Vd. el placer de haber podido servirla: ya me lo pagará Vd. en Madrid, á donde yo iré muy en breve: no me voy en esta diligencia, porque como la señora tiene esa lengua de hacha, era capaz de decir que se había Vd. marchado conmigo: pero no tardaré un mes en ir allá: de esta casa me voy hoy mismo: porque no estando ya el señorito, se acabó mi quehacer.

—Doña Ursula dirá á Vd. á dónde voy á parar, que es por ahora en casa de su hermano.

El estruendo de un pesado carruaje puso fin á esta conversacion.

Isabel estrechó con lágrimas la mano de cada uno de los criados, y dijo á Doña Ursula:

—Satisfaga Vd. mi deuda á Gregorio, amiga mia, y yo daré la cantidad que sea á su hermano de Vd.

—Vaya Vd. descansada, querida señorita, dijo el ama de llaves enjugándose los ojos.

El mayoral instó á Isabel para que subiese al coche: ella ocupó su asiento en la rotonda, y el carruaje partió al escape del brioso tiro, llevándose á la pobre huérfana á la vista de sus amigos.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

Los escépticos se detienen ante la virtud con una especie de sentimiento religioso, como el viajero se detiene ante las montañas inaccesibles cubiertas de nieve y resplandores.

TACKERAY.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO